Globethics Repository



Los Exiliados Del Cono Sur dos décadas más tarde [The Southern Cone Exiles two decades later]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Bolzman, Claudio
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-08 20:57:01
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220288

NUEVA SOCIEDAD NRO.127 SEPTIEMBRE- OCTUBRE 1993, PP. 126-135

Los Exiliados Del Cono Sur dos décadas más tarde

Bolzman, Claudio

Claudio Bolzman: Sociólogo chileno, realiza labores de investigación y docencia en las universidades de Ginebra y Lausana. Coordinador del Grupo de estudios «Migraciones y minorías» de la Asociación Suiza de Sociología. Autor de diversas publicaciones sobre exilio, migraciones, identidad y relaciones interculturales.

El exilio de los latinoamericanos del Cono Sur hacia Europa, que comenzó en la década del 70, fue en sus orígenes un fenómeno provisorio, transformado después en realidad permanente. Pequeñas comunidades sudamericanas se han instalado perdurablemente en diversos países del 'viejo mundo', pese al fin de los regímenes militares en los países de origen. Existen diversas razones para la permanencia de los exiliados en Europa, con nuevas tendencias identitarias que emergen entre los residentes. Una problemática que contiene implicancias para la relación entre América Latina y sus diásporas.

Han pasado ya veinte años desde aquellos días negros en que la represión militar comenzó a marcar masivamente la vida de los pueblos del Cono Sur de América Latina. Y sin embargo parece que fuera ayer que cientos de miles de uruguayos, chilenos y argentinos siguieron las rutas del exilio para proteger sus vidas y su derecho a caminar libremente por las calles[1]. Muchos se vieron obligados a dejar el continente y atravesar océanos para encontrar un lugar de asilo. En la Europa de aquella época su drama despertó una gran ola de solidaridad y fueron acogidos con comprensión y simpatía en la mayor parte de los países.

Sin embargo los exiliados no llegaban para quedarse. Estaban convencidos de que su estadía allí sería una peripecia más de sus vidas, un paréntesis tan efímero como las dictaduras militares. Vivían entonces con un pie en el regreso, dispuestos a subir en el primer avión al más mínimo indicio de cambio. No les interesaba pues incorporarse a la exótica vida social de los países anfitriones. Para ellos, lo único que

[1]En este artículo analizamos la situación de los exiliados de estas tres nacionalidades que durante este periodo llegaron masivamente a Europa. No obstante, muchas de las constataciones hechas aquí se aplican también, en cierta medida, a los exilios paraguayo, brasileño o boliviano. Los dos primeros son anteriores a la década de los 70 y el último ha seguido una trayectoria temporal más compleja, ligada a la mayor inestabilidad política del país. por último, la importancia numérica de los exiliados de estas tres nacionalidades en Europa ha sido menor.

contaba era contribuir desde la distancia, a través de la acción política y solidaria, a acortar aún más la duración de los regímenes que los habían desterrado.

Sabemos que la cosas no se dieron como los exiliados las imaginaban. La historia tomó un curso diferente al esperado: las dictaduras militares se mantuvieron en el poder más allá de las previsiones más pesimistas. A medida que el tiempo fue pasando, lo provisorio fue transformándose en permanente y lo que parecía exótico, enquistándose de a poco en la cotidianeidad. Enfrentados a esta nueva perspectiva, los expatriados dejaron de vivir exclusivamente en función de sus países de origen y empezaron a interrogarse sobre su lugar y el de sus hijos en la nueva sociedad de residencia. Comenzaron gradualmente a adaptarse a las exigencias impuestas por la sociedad dominante respecto de ciertos ámbitos claves de la existencia, como son la relación con el tiempo y el espacio[2] , y a construirse un modo de vida más estable, de acuerdo con los requerimientos de la nueva situación.

Ya empezaban a formar parte del paisaje de las sociedades europeas cuando sus países de origen emprendieron nuevamente el camino hacia la democracia: primero fue Argentina, luego Uruguay y, a principios de esta década, Chile. Por fin las puertas del país natal se entreabrían y el añorado regreso dejaba de ser un sueño para convertirse en una posibilidad tangible. Sin embargo, después de tantos años la perspectiva no era la misma que la de los primeros tiempos de destierro. Las respuestas a esta nueva situación fueron muy variadas: algunos se subieron al primer avión que pudieron para regresar a casa, otros tomaron la misma decisión después de una minuciosa preparación, muchos partieron en viaje de exploración para retomar contacto con la patria y examinar con sus propios ojos las posibilidades de retorno, también fueron bastantes quienes decidieron quedarse definitivamente o a largo plazo en Europa.

Sería muy interesante comparar los itinerarios que resultaron de estos diversos tipos de decisiones. En el espacio de este artículo no podemos más que limitarnos a la descripción y al análisis de la situación de aquellos que residen de manera permanente en Europa, cuyo número puede ser estimado en más de 120.000 personas repartidas en diversos países, siendo los principales España, Italia, Francia y Suecia. Nos interrogaremos sobre los factores que los llevaron a optar por su perma-

[2] Los exiliados en ciertos países tuvieron por ejemplo que adoptar nuevas normas de funcionamiento en materia de horarios y planificación, o aceptar que hubiera una separación mucho más estricta entre la esfera privada y la pública. Un análisis detallado de esta problemática es presentado en C. Bolzman: «Exil, dynamique socioculturelle et participation sociale. L'exemple des Chiliens en Suisse», tesis de doctorado, Universidad de Ginebra, 1992, capítulo 12.

nencia así como sobre los modos de vida y en particular las formas de afirmación identitaria que han elaborado en su nueva situación [3].

Las razones de la permanencia en Europa

El retorno es una aspiración muy arraigada entre los exiliados y los emigrantes. Incluso después de muchos años de estadía en otro país, el deseo de recomenzar su vida en la sociedad de origen, a menudo idealizada, persiste. Así por ejemplo, en 1988, poco antes del comienzo de la transición a la democracia, cerca del 60% de los exiliados chilenos residentes en Suiza quería regresar. Para dos tercios de entre ellos, se trataba sin embargo de un deseo cuya realización no llegaban a vislumbrar de manera concreta: no se habían dado ningún plazo, incluso hipotético, para volver [4]. Al margen de la situación política del país de origen, que juega un papel en el ejemplo mencionado, existe una serie de otros factores que impiden implementar el retorno y que han conducido a una mayoría de sudamericanos a optar por la permanencia en Europa. Estos son de tipo económico, jurídico, cultural y psicosocial.

Sin duda el aspecto económico ha tenido un peso importante a la hora de la decisión. Los modelos neoliberales adoptados en los países del Cono Sur han afectado el nivel de vida de una parte de las capas medias y sobre todo de sectores populares, al cabo empobrecidos. Los exiliados están informados sobre la situación, ya sea merced a una tentativa de regreso, de visitas al país o por referencias de familiares, amigos o conocidos. Muchos temen perder unas condiciones de vida materiales relativamente satisfactorias alcanzadas en Europa, en particular las personas sin profesión o cuyas calificaciones no corresponden a las exigencias de un mercado de trabajo restringido. El espectro de la cesantía, las enormes carencias de los sistemas de seguridad social y los bajos salarios incitan a la prudencia. La carencia de un ingreso suficiente significaría no poder acceder a una vivienda adecuada y sobre todo no poder brindar una satisfactoria educación a los hijos. Agreguemos que muchos sudamericanos residentes en Europa envían regularmente una ayuda financiera a sus familias. Su retorno significaría la supresión de un aporte indispensable para la subsistencia de éstas.

[3] Es indudable que existen diferencias en cuanto a la situación que puede conocer un sudamericano en Suecia o en España. No es posible, sin embargo, en el espacio de este artículo, detenerse a analizar de manera detallada estas diferencias. Pondremos pues en evidencia las tendencias comunes que atraviesan las comunidades sudamericanas residentes en los diferentes países europeos.
[4] C. Bolzman, ob. cit.x

Muchas mujeres manifiestan también reticencias hacia el retorno por temor a perder la mayor autonomía adquirida en los países de residencia, ya sea a nivel familiar, social o económico

En algunos casos, los problemas económicos están ligados a cuestiones jurídicas que resultan principalmente de las relaciones bilaterales entre el Estado en que se reside y el Estado de origen. En efecto, para algunos encontrar un empleo en su profesión se hace aún más difícil cuando los diplomas obtenidos en el exterior no son reconocidos al regreso. Para otros, el problema es el reconocimiento de los años de trabajo, tanto antes de partir al exilio como durante los años de estadía en el exterior.

En este campo, uno de los mayores obstáculos posibles, especialmente para las personas de edad, es la ausencia de acuerdos bilaterales entre los sistemas de seguridad social de ambos países sobre antigüedad laboral, rentas jubilatorias o de invalidez.

Otra dificultad importante es de tipo cultural. Ciertos exiliados piensan no poder adaptarse, por diversas razones, a los estilos de vida que predominan en Sudamérica. Es el caso en particular de jóvenes de la segunda generación, de mujeres, de matrimonios mixtos. Para los jóvenes nacidos o que han vivido la mayor parte de sus vidas en los países europeos, el viaje a Sudamérica es más una emigración que un retorno. Muchos temen sentirse extranjeros, ser considerados «gringos», o que la frágil identidad de seres biculturales («latinoamericanos de Europa») que se han construido a duras penas, sea cuestionada. No es raro entonces escuchar frases como: «Ya no me acuerdo de Chile, era un niño cuando me fui de allá, mi juventud la pasé aquí. A lo mejor no me gusta allá» [5].

Muchas mujeres manifiestan también reticencias hacia el retorno por temor a perder la mayor autonomía adquirida en los países de residencia, ya sea a nivel familiar, social o económico. Expresan específicamente ciertos temores a no poder soportar un mayor control social percibido como limitativo de su libertad: «Nuestra sociedad es muy machista. Eso puede crear problemas. Por ejemplo es mal visto que una mujer salga sola de noche o con un amigo. Porque yo como madre, estoy en un marco, tengo que corresponder a la imagen de la madre. O sea que no voy a tener derecho de ser una mujer, de hacer mi vida de mujer, sino que voy a tener que consagrarme ciento por ciento a mis hijos».

[5]Los testimonios presentados en este artículo provienen, salvo mención contraria, de entrevistas que hicimos a exiliados chilenos residentes en Suiza (cf. C. Bolzman, ob. cit.). testimonios similares pueden ser, sin embargo, leídos en otros trabajos sobre el exilio latinoamericano en Europa.

En fin, los exiliados cuyo cónyuge es extranjero viven también una situación difícil: para los miembros de su familia, la emigración hacia Sudamérica representa el encuentro con un continente poco conocido, la inserción en un contexto diferente que puede poner a prueba los sutiles equilibrios culturales establecidos en el seno del núcleo familiar. Así, su relación con el país de origen se hace más tenue o se limita a menudo a breves estadías durante las vacaciones.

Uno de los obstáculos mayores es de orden psicosocial: el retorno, incluso hacia el país de origen, implica siempre comenzar casi de cero, construir una nueva vida cotidiana. Es el famoso problema del desexilio evocado por Mario Benedetti[6] . Cuanto mayor ha sido el tiempo transcurrido, más difícil es abandonar el pequeño mundo personal hecho de hábitos adquiridos en un contexto determinado, así como dejar atrás los lazos interpersonales creados en la sociedad de acogida. De hecho, muchos exiliados optan por la seguridad de un mundo que han logrado «domesticar» después de intensos esfuerzos, y renuncian a la aventura, llena de interrogaciones, de volver a empezar en el país de nacimiento.

Para algunos, en el momento de plantearse concretamente la posibilidad del retorno surgen recuerdos dolorosos, asimilados difícilmente, sobre la represión sufrida bajo las dictaduras militares. Prefieren renunciar a enfrentarse con ese pasado traumático y optan por guardar desde la distancia una memoria idealizada del país de origen.

Entre los que intentan la experiencia del retorno, algunos logran reintegrarse rápidamente y contribuyen activamente a la dinámica social y/o política de su país. Otros arriban con expectativas que no son satisfechas, estiman que la sociedad tiene una deuda con ellos y que sin embargo no se les toma suficientemente en consideración o no se hacen bastantes esfuerzos para comprender lo que han vivido, que se les critica sin fundamento o que se les discrimina por el hecho de haber sido exiliados; la mayoría de estas personas termina por expatriarse nuevamente.

Finalmente podríamos pensar que el retorno es ante todo un mito [7], una idea que no se realizará pero que ayuda a dar sentido a la existencia y a sobrellevar las dificultades de la vida cotidiana en la sociedad de residencia. Como lo dice un exiliado: «El hombre tiene una serie de fantasías en la cabeza. Y cuando está aislado, lejos de su realidad, crea todavía más fantasías en su cerebro, se imagina proyectos

[6]M. Benedetti: «El desexilio y otras conjeturas», El País, Madrid, 1984.
[7]A. Vásquez y A. M. Araujo: Exils Latino-américains. La malédiction d'Ulyse, L'Hamattan, París, 1987. (Ed. cast.: La maldición de Ulises. Repercusiones ideológicas del exilio, Sudamericana, Buenos Aires, 1990).

fantásticos y se da cuenta a veces que se está engañando a sí mismo, pero la tendencia a soñar siempre está presente».

Hasta aquí hemos analizado las razones que han dificultado el retorno y favorecido la estadía en las sociedades europeas. Se trata ahora de ver cómo viven los sudamericanos que han decidido quedarse en Europa y, más específicamente, de comprender qué tipo de identidades han desarrollado después de haber dejado de ser exiliados.

Formas de afirmación identitaria

El tema del post-exilio es complejo y existen diversas maneras de abordarlo. Aquí nos volcaremos en particular hacia los «materiales identitarios» que los sudamericanos utilizan para dar un sentido a su presencia en las sociedades finalmente escogidas como sitios de residencia. Dos dimensiones nos parecen especialmente importantes para estudiar la dinámica identitaria: por un lado, las grandes orientaciones de valor que orientan sus acciones, y las maneras de definir su pertenencia por el otro. Para comprenderlas es necesario volver brevemente sobre el pasado.

En lo que respecta a la primera dimensión cabe subrayar que, en su origen, el exilio sudamericano es un exilio de militantes que construyeron su identidad en torno de un proyecto político de cambio social donde se privilegiaba los valores de igualdad, solidaridad, participación y justicia social. La experiencia traumática de la represión bajo las dictaduras militares llevó también a la mayoría de ellos a acordar una gran importancia a la defensa de los derechos humanos.

El paso de sociedades capitalistas dependientes hacia sociedades capitalistas «desarrolladas» constituyó un choque cultural. Muchos se descubrieron por primera vez argentinos, chilenos, uruguayos o simplemente latinoamericanos, compartiendo rasgos identitarios que los diferenciaban de los europeos en diversos ámbitos de la vida cotidiana: familia, trabajo, amistad, vecindario, tiempo libre, etc. Generalmente estas diferencias eran percibidas con más fuerza a medida que la geografía se acercaba al norte de Europa. Pero, incluso en España, los exiliados se descubrían extranjeros, categorizados con el término despectivo de «sudacas» y necesitaban afirmar una pertenencia específica que los valorizara en el nuevo contexto.

La identidad del exilio sudamericano en Europa se constituyó entonces como la combinación indisoluble entre una dimensión política y una dimensión de identificación con estilos de vida diferentes de los del país anfitrión.

Durante los años de exilio hubo transformaciones en el modo de vida de los exiliados pero se mantuvo esencialmente este núcleo identitario [8].

Al desaparecer las causas que motivaron el exilio, los sudamericanos viven una nueva situación que los aproxima a los otros emigrantes. En el plano político, nada les impide en efecto retornar a su país o ir a visitarlo. Pueden establecer relaciones y una comunicación regular con representantes oficiales del Estado de origen, lo que antes era inconcebible. En otros términos, su relación con la sociedad de origen es mucho más directa, menos mítica. Por otro lado, cesan de encarnar la imagen de refugiados víctimas de regímenes dictatoriales y pasan a ser una minoría extranjera más en la sociedad de acogida.

Todos estos cambios contextuales provocan un proceso de reflexión en las comunidades sudamericanas, la búsqueda de nuevas formas de afirmación identitaria. A través de éstas, los actores sociales, sin renunciar en la mayoría de los casos a establecer formas de continuidad con el pasado, procuran encontrar modos de expresión adaptados a sus nuevas circunstancias.

No existe sin embargo consenso en cuanto a los valores que es necesario preservar ni con respecto a los criterios de definición de la pertenencia. De hecho es posible distinguir cuatro tendencias principales en lo que atañe a las formas de afirmación identitaria. En la práctica, algunas de estas formas coexisten a veces en una misma asociación o incluso en una misma persona, pero para clarificar su contenido las presentaremos de manera separada.

La identidad étnica minoritaria

Una tendencia importante es la tentativa de elaborar una identidad étnica latinoamericana de tipo minoritario. Se trata de una identidad en la que se subraya sobre todo la referencia al país o al subcontinente de origen como elemento principal de pertenencia. En este caso, la permanencia en Europa no debe ser confundida con la asimilación a los modos de vida dominantes de las sociedades de residencia. Existe

[8] V. C. Bolzman: «Exilio e identidad sociocultural. Dos generaciones de sudamericanos en Europa» en H. Riquelme (ed.): Buscando América Latina, Nueva Sociedad, Caracas, 1990.

una necesidad de sentirse y de mostrar que se es latinoamericano en Europa, una necesidad de valorizar las raíces.

Esto se expresa a través de diferentes prácticas tales como la inclinación a reunirse con compatriotas durante el tiempo libre para intercambiar informaciones sobre el país de origen, probar especialidades culinarias típicas, jugar al fútbol, practicar algún pasatiempo tradicional, escuchar música del país o simplemente conversar en castellano.

Una tendencia importante es la tentativa de elaborar una identidad étnica latinoamericana de tipo minoritario. Se trata de una identidad en la que se subraya sobre todo la referencia al país o al subcontinente de origen como elemento principal de pertenencia

La afirmación de una identidad étnica se expresa también en la búsqueda de un contacto directo con América Latina, ya sea a través de viajes durante las vacaciones o la visita de grupos artísticos latinoamericanos de moda (por ejemplo grupos de salsa) contratados por empresarios «étnicos». Un amigo sudamericano define el conjunto de estos fenómenos como la expresión de la «galleguización» del exilio. Con esto quiere significar que la vida comunitaria sudamericana se parece cada vez más a la de los otros grupos inmigrantes, puesto que el elemento ideológico, sin desaparecer, pasa a ocupar un lugar menos importante en la definición de la cohesión del grupo. Lo que prima es en efecto la necesidad de compartir con personas que son definidas como similares desde el punto de vista del origen cultural o de reforzar las «raíces» a través de actividades consideradas como típicamente latinoamericanas. El objetivo más o menos explícito es tratar de mantener la existencia de un mundo latinoamericano en el extranjero y de transmitirlo a las nuevas generaciones.

Un humanismo alternativo

Otra tendencia apunta hacia el rescate de los valores de solidaridad, participación social, defensa de los derechos humanos que compartían muchos exiliados, pero adaptándolos a las condiciones de la sociedad de residencia. En este caso, la identificación con el país de origen es menos importante para la definición de la identidad que el hecho de compartir ciertos valores alternativos a los valores que predominan tanto en las sociedades europeas como en las latinoamericanas. Se trata en el fondo de proponer modos de vida que cuestionan las formas dominantes de organización de la vida social, cualquiera que sea el lugar donde se resida. En este caso

las formas de identificación son trasnacionales y por lo tanto lo latinoamericano es secundario en la definición de la pertenencia.

Una dimensión esencial en la definición de la identidad humanista alternativa es el objetivo de asociar el compromiso político y los otros ámbitos de la vida cotidiana, «la actividad política y la actividad llamada personal», como decía un exiliado. Se busca entonces a menudo ejercer una profesión que esté relacionada con las preocupaciones sociales de la persona: trabajo social, salud, derechos humanos, sindicalismo, ciencias humanas. Se participa también en diversos movimientos sociales que intervienen en problemáticas tales como la ecología, el feminismo, la democracia local, la lucha contra la discriminación racial y la xenofobia, el derecho de asilo. Cabe notar que existe una sensibilidad particular a la defensa de los derechos de las minorías extranjeras.

En este tipo de identidad, la continuidad con el pasado se da entonces a través de la afirmación de valores y causas cuya defensa significó tener que partir al exilio. Por lo demás, la mayor parte de esas problemáticas han también cobrado actualidad en América Latina.

El individualismo adaptativo

Otra tendencia importante es aquella en que los lazos, tanto con los valores que llevaron al exilio como con la realidad latinoamericana, tienden a debilitarse. En efecto, en este caso la participación social deja de ser un principio organizador de la existencia; lo que cuenta son los proyectos de realización personal, ya sea a nivel profesional o familiar. La vida se centra en el individuo, su familia, el círculo de amigos y conocidos. Desde ese punto de vista se puede afirmar que hay una adaptación a las tendencias dominantes de las sociedades europeas: las personas concentran su interés en la esfera privada, en el bienestar de los seres cercanos, y se desatienden cada vez más de la cosa pública y la dinámica colectiva. El siguiente testimonio de un exiliado sintetiza esta perspectiva: «Pienso que forzosamente con la edad, con el desarrollo de la persona, quizás la influencia de la sociedad, uno se va poniendo en cierto modo un poco más, por qué no decirlo, individualista, puede ser. O sea, nos sentimos en definitiva menos tocados por la causa que hace que estemos aquí, por la contingencia política misma. Uno se va alejando de los problemas de América Latina y del mundo que no nos afectan de la misma manera que hace diez o quince años atrás».

En esta forma de afirmación hay una ruptura con la identidad de exiliado y una mayor asimilación a la sociedad de residencia, tendencia que es facilitada por tratarse en muchos casos de individuos descendientes de europeos. Los lazos con el país de origen no desaparecen, pero pasan a ser un asunto esencialmente privado.

La mediación cultural

Existe una cuarta tendencia que privilegia la creación de puentes entre Europa y América Latina. Se trata de dar a conocer nuevas dimensiones del subcontinente a los europeos, de favorecer los intercambios en ambos sentidos, de crear lazos más sólidos entre ambos territorios. La diferencia con respecto a la identidad étnica es que aquí, al mismo tiempo que se reivindica la pertenencia a América Latina, se busca establecer una comunicación constante con los europeos, tanto para valorizar esta pertenencia como para actualizarla a través de las experiencias vividas en la sociedad de residencia.

Concretamente esta tendencia se expresa en la valorización, más allá de las fronteras comunitarias, de «lo latinoamericano». Este fenómeno ya existía durante el exilio, pero se aplicaba principalmente a la difusión de la cultura de los movimientos de izquierda latinoamericanos (por ejemplo cierto tipo de música, pintura o literatura). Ahora se da a conocer una paleta más amplia de «productos» culturales y se busca crear también intercambios en los planos universitario o económico. Los ex-exiliados actúan así como «embajadores» oficiosos tanto en dirección de Europa como de Sudamérica. En algunos casos la mediación cultural integra los valores sociales de los exiliados, en otros hay un alejamiento de éstos.

Encontramos aquí una expresión de lo que Riquelme[9] ha definido como la identidad de los «trashumantes», es decir de los individuos que tratan de promover nuevas síntesis enriquecedoras de sus diversas formas de pertenencia. En otros términos, estamos en presencia de sujetos que no consideran la identidad como la escogencia entre varias culturas percibidas como excluyentes, sino como la combinatoria creativa de diversos elementos culturales.

Las cuatro tendencias mencionadas atraviesan los diversos medios sociales y generaciones que componen la comunidad sudamericana. Sin embargo, los sectores populares de la primera generación se identifican mayoritariamente con la identidad

[9]H. Riquelme: «Latinoamericanos en Europa. Experiencia de desarraigo y proceso de identidad psicocultural» en H. Riquelme (ed.), ob. cit.

étnica. En cambio, el individualismo adaptativo es más frecuente en la segunda generación y en los estratos sociales medios y superiores.

Discusión

El exilio de los latinoamericanos del Cono Sur hacia Europa que comenzó en la década del 70 fue en sus orígenes un fenómeno provisorio que se ha transformado, por diversas razones, en una realidad permanente. Pequeñas comunidades sudamericanas se han instalado en diversos países del «viejo continente». Este asentamiento no quiere decir que las comunidades hayan perdido la memoria del exilio o que los lazos con América Latina se debiliten. Hemos visto que la mayor parte de las formas de afirmación identitaria elaboradas por los exiliados en el nuevo contexto constituyen respuestas adaptativas tendientes a evitar la asimilación y a rescatar al menos una parte de la herencia pasada.

Pensamos que la permanencia en el tiempo de los vínculos con la realidad latinoamericana y con los valores sociales del exilio no sólo va a depender de la voluntad y la creatividad de las comunidades residentes en Europa sino también del interés, la disponibilidad y la apertura que manifiesten las sociedades sudamericanas, a través de sus diversas instituciones, a sus coterráneos del otro lado del Atlántico.

Los países del Cono Sur tienen que hacerse a la idea de la existencia de diásporas, cuyas necesidades deben ser tomadas en consideración, si se desea mantener relaciones orgánicas con ellas. A este nivel, algunos proyectos interesantes lentamente parecen tomar forma: por ejemplo la creación y financiamiento de «escuelas» para los niños y jóvenes de la segunda generación, o la negociación de convenios bilaterales con los países de acogida en materia de seguridad social. De concretarse, serían un signo de comprensión de las aspiraciones de la diáspora.

El mantenimiento y la creación de nuevos puentes a diferentes niveles de la realidad, como buscan hacerlo los mediadores culturales, es necesario para la persistencia de las comunidades sudamericanas en Europa, pero lo es aún más para las sociedades latinoamericanas. En este período en que las desigualdades entre el primero y el tercer mundo tienden a acrecentarse, en que las sociedades dependientes han perdido la importancia estratégica que tenían durante la guerra fría y son cada vez más relegadas a la periferia de la «aldea planetaria», la presencia de sudamericanos en Europa puede contribuir a recordar y denunciar estas discriminaciones, a informar más y mejor sobre las realidades de América Latina, así como a favorecer

intercambios culturales, sociales, y económicos equilibrados entre ambos continentes.

Referencias

*Bolzman, C., TESIS DE DOCTORADO. - Universidad de Ginebra. 1992; Riquelme, H. -- Exil, dynamique socioculturelle et participation sociale L'exemple des Chiliens en Suisse.

*Benedetti, M., EL PAIS. - Madrid, España. 1984; El desexilio y otras conjeturas.

*Vásquez, A.; Araujo, A. M., EXILS LATINO-AMERICAINS. LA MALEDICTION D'ULYSE. - París, L'Hamattan. 1987; Exilio e identidad sociocultural. Dos generaciones de sudamericanos en Europa.

*Vásquez, A.; Araujo, A. M., LA MALDICION DE ULISES. REPERCUSIONES IDEOLOGICAS DEL EXILIO. - Buenos Aires, Argentina, Sudamericana. 1990; Latinoamericanos en Europa. Experiencia de desarraigo y proceso de identidad psicocultural.

*Bolzman, V. C., BUSCANDO AMERICA LATINA. - Caracas, Venezuela, Nueva Sociedad. 1990;

*Riquelme, H., BUSCANDO AMERICA LATINA. - Caracas, Venezuela, Nueva Sociedad. 1990;

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 127, Septiembre- Octubre de 1993, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**